



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

Los pescadores de dotes.

I

E acuerdas, Berta Molphe, de aquel cenadorecillo con techo de rosas blancas, por cuyas rendijas se cuele y entrelaza aquella enredadera de hojas tan profundas como oscuras, cuyo barniz brilla intensamente y cuyas florecitas pálidas son en extremo delicadas? ¿De aquel cenador que hay en la quinta solitaria donde tu bondad y la de tu familia me dieron oportuno albergue y plácido retiro cuando convalecía de mortal enfermedad? Nunca me olvidaré de esos lugares. Allí arribé cuando volvía mi barca de andar queriendo atracar en las costas de la muerte y entró allí como en puerto tranquilo y abrigado. Allí me parecía despertar á nueva vida y conocer otra faz del mundo, cuando veían mis ojos la luz caudalosa, las arboledas y las flores de ese repuesto lugarcillo. Sentía como si hubiera sido arrojado por el mar amenazante de la enfermedad á una playa encantada. Todo para mí era nuevo y creía estar soñando, cuando débil y trémulo me paseaba con ayuda de baston por las arenosas callecitas ribeteadas de fresales, cuando me sentaba cansado en las banquetas rústicas que rodean los gruesos troncos de los umbrosos aguacates, ó cuando contemplaba desde las azoteas el panorama del valle y la magnífica puesta del sol. Pues allí, en ese cenadorecito, donde os leía, á petición vuestra y cuando me iban á visitar, los versos "del fondo del alma" y donde Lola tu hermana recitó á muchos ruegos su primer ensayo, allí me contaron esta histo-

ria que ahora te escribo, no para tu provecho, ya que á Dios gracias no estás en el caso, sino para que se la des á leer á esa amiga tuya de quien me hablaste compadecida la otra tarde.

II

El 20 de Junio de 84 zarpaba de Santander el *Ciudad Condal* con rumbo á Veracruz. En la cubierta había todo ese movimiento de gente que precede á la partida de un navío. Un sacerdote mexicano, el P. Villa, que regresaba de largo viaje por Europa, sentado en un banco junto á la mura de babor leía su Breviario. No lejos un hombre, á todos visos montañés, hablaba con un chico bajito y recordete como un matorral de Asturias. Ambos se parecían como dos gotas de agua, eran sin duda padre é hijo; ámbos vestían de la misma tela y el propio color, como si hubiesen recortado para el niño las ropas viejas del padre, y los holgados pliegues de sus pantalones indicaban la ausencia de ropa interior. Estando ámbos en pie con desgarbada postura, el hombre callaba á veces y se quedaba mirando con la vista baja, con esa melancolía propia del español apurado, y el mozo aguardaba que le hablasen indiferente y ojiabierto. La sirena del buque lanzó á los aires su estridente silbido, el hombre intempestivamente se dirigió al sacerdote y le dijo con hablar muy cerrado: "Oiga, cura, sé que Vd. va á México, allí va este mi hijo, ahí se le dejo. Lleva quince pesetas y dos cartas de recomendación. Que me le guarde mucho." El Padre le miró asombrado sin darse cuenta de lo que era aquello, el hombre le dió un leve cachete al niño y sin más se escurrió del barco.

En toda la navegacion el Padre apenas volvió á ver al españolito (que venía en el entrepuente con veinte ó treinta chiquillos

como él que se embarcaron para México con la esperanza de hacerse barrenderos de oro en este fabuloso país) si no era al salir del comedor, á cuya hora allí estaba esperándole para gritarle:—¿Que no se le acordó traerse en el bolsillo algun pedazo de torta? Yo tengo hambre, que acá nos dan solamente bacalao y café negro.—Al llegar á Veracruz, cuando el Padre se disponía á descender al bote, se le emparejó risueño y satisfecho Antolin Borona, que así se llamaba el chico, con la gorrita puesta y el hatillo bajo el brazo, diciéndole:—Vengo con Vd.—El Padre no tuvo más recurso que traerle consigo. Cuando saltaron al muelle el P. Villa le preguntó naturalmente por las cartas y el dinero que traía.

—Mire usted—respondió Antolin— las pesetas las he jugao en el barco y perdío, en cuanto á las cartas aquí deben venir—y sacó de un vademecum mugroso, que traía en el seno, dos cartas arrugadas. El Padre leyó las señas de los sobres, una era para Veracruz, otra para México; quiso llevar al chico y entregarlo en la casa que indicaba la primera.

Entraron al almacén de abarrotes. El dueño los recibió sentado al escritorio. Saludóle el Padre con mucha cortesía, obteniendo por única respuesta un gruñido y la sacramental: ¿qué se ofrece? Mostróle la carta al abarrotero, la abrió bruscamente, pasó sus ojos por ella y dijo, tirándola sobre la mesa:

—Esta carta no es buena.

—¿Cómo no es buena?—preguntó el Padre alarmado.

—Es decir que sería buena si yo me hubiese reñido con él que la escribe; pero es que ya hemos reñido.

—En ese caso V. verá qué hace con este

niño. Yo por pura caridad le he traído. Nada tengo que ver con él.

—Yo tampoco.

—Yo de todos modos se lo dejo á V.

—Déjele en la calle ó haga le que le dé su gana.

—No es posible.

—Ya verá como sí lo es.—Y el abarrotero se había quedado mirando á otra parte con español desden, como indicando que nó quería decir palabra más en el asunto. Y el Padre tuvo que cargar otra vez con la pegada cruz de Antolin Borona.

Cuando, á la noche siguiente, se dirigían dentro de un simon por las calles de México, al domicilio que señalaba la otra carta, el Padre callaba y se oía el ceceo de Borona que hablaba algo por lo bajo.

—¿Qué haces, hijo?—exclamó el sacerdote.

—Calle, que voy rezando unas *salves* que le he votao á la Virgen de Santoña porque esta carta sí salga buena.—Y en efecto salió buena y Borona quedó instalado aquella misma noche con calidad de meritorio en la lonja de ultramarinos: "*La cuenca del Duero.*"

III

¡Qué cosa más bonita es la solemnidad de los premios en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazon! El amplio salon de rasgadas ventanas, las graderías laterales cubiertas de alumnas vestidas de blanco con elegante simplicidad, el forito del fondo lleno de luz del día, las religiosas de negro ropaje con larguchas y carrujadas cofias, que gravadosamente van y vienen á medio paso, las guirnalda de flores artificiales ó de pintado laurel con que el Arzobispo corona á las educandas premiadas, todo eso y otros mil pormenores que no quiero mentar, hace delicioso conjunto. Aun los premios repartidos con extranjeriza y transigente prodigalidad, las fabulillas y diálogos escénicos recitados con sonsonete dulce y gemebundo y las peregrinas inclinaciones de saludo á la inglesa que hacen las chicas, con ser exóticas, tienen no sé qué de agradable. Pero lo que sí es hermoso sobre todo encarecimiento es la ofrenda de las coronas en el devoto templecito de la casa; y lo que hace pensar mucho, y tambien es muy bello, es la despedida de las alumnas que, concluida su educacion, deben salir para siempre del Colegio. Entre éstas se contaba ese año María Hortensia Lazalde, aquella chieca muy crecida para sus años, alta y esbelta como una palmera real, aunque no muy bella de rostro. Sus facciones eran casi bruscas, algo desproporcionadas si se quiere, como su carácter, pero lo que es gracia no les faltaba, como tampoco le faltaba color de leche y rosa á su cutis. Dos cosas tenía notables María Hortensia, aparte de su gallardía y estatura, la una era cosa de la cara, la otra del corazon: tenía unos dientes blancos, apretados, firmes y parejos que, siendo muy bonitos, parecían, vamos, capaces de mascar medio mundo. Y tenía en su corazon un deseo tan tenaz como insaciable de ser amada. Había oído cierta vez la consabida frase de que la mujer nació para el amor como el rosál para cubrirse de flores. Habíala tomado al pie de la letra, y sentía sed, verdadera sed de hallarse quien la quisiera, quien la adorara con todas sus facultades. Hortensia, comprendiendo que sus dientes eran bellos, tenía vicio de mostrarlos, y pensando que el colegio era el mayor obstáculo para dar con un amador del calibre que lo apetecía, estaba en ascuas por salirse de él. Sin embargo aquel último día de su estancia allí experimentaba dolor y tristeza por abandonar aquel nido en que al calor de su alma había criado tantas ilusiones, y en donde á la sombra de las buenas Madres habían formándose seguros y buenos sus sentimientos. Llegada la hora del embarque, tenía pena y miedo de hacerse á la mar.

Tocóla decir el discurso de despedida á nombre de sus compañeras, y lo dijo ahogándose de emocion; recibió de manos del Prela-

do la crucecita de oro, que en recuerdo les dan á las que parten, y mojó con dos lágrimas las manos que le rodeaban el cuello con la candenilla de esa cruz. Cuando se deslizaban por el pavimento del oratorio las educandas, con el blanco tul echado sobre el rostro, coronadas de flores reverentes, sin dejar de oír el rumor de sus pasos, como si fuesen dos filas de ángeles, cuyo andar ingrove no rozara el suelo; iba triste y cabizbaja. Cuando las bendijeron con el Santísimo Sacramento colocado en el radiante ostentorio; y todas inclinaban la cabeza, ella sintió tambien doblarse su corazon al peso de inexplicables presentimientos. Y cuando dejó como las otras sus guirnalda en el perchero colocado junto al altar, creyó haber dejado una porcion del alma y salió como fuera de sí de la capilla, y poco despues del colegio.

IV

La familia de Hortensia no era rica, pero siempre había jugado á serlo; vivía en casa elegante, tenía coche, vestía á las chicas como princesas y frecuentaba la mejor sociedad: era familia de apariencias, ejemplar de una clase que abunda entre nosotros. Por esto acaso pasaron meses y Hortensia no dió con su *ideal*, con aquel predendiente, digno de ella, que la amase con todo su corazon, sin reservarse partícula.

Topó, sí, con muchos cortejadores, pero, ó parecíanle bajos ó no traían á su ver la ofrenda del amor absoluto con que soñaba. Llegó, pues, á adquirir fama de desdeñosa y á presentarse como mujer de nieve, como una especie de Diana cazadora del género cursi, cuando estirada y esquiva paseaba en landó abierto ó discurría por los salones del gran mundo. María Hortensia había sacado unas pretensioncillas... que ni el *sursum corda* la alcanzaba. Pronto careció de galanteadores, agravóse su sed de amor, padeció histerismos y nostalgias, sus flatos y negros humores se acentuaron y una melancolía insondable anegó su corazon.

(Continuará.)

ESTHER.

Tragedia biblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA TERCERA.

Assuero, Asaph.

Assuero, sentándose en el trono.

Se lo quiero decir aunque me dañe:
El delincuente golpe había olvidado
Casi; al oír la narracion tremenda
Del parricidio el bárbaro atentado
Palidecí dos veces y en mi espíritu
Su pavorosa imágen se ha pintado:
La consecuencia del suceso miro,
Cual de su saña fuera el resultado
Al exhalar mi vida entre tormentos...
¿Mas quién de ardiente celo fué inflamado
Y de inícuo complot con sutil vista
Hubo el hilo ante mí desarrollado?
¿Quién sobre mi cabeza señalara
El sangriento puñal ya levantado?
¿Por quién la Persia se salvó conmigo
Y que premio á ese leal se le haya dado?

ASAPH.

Yo sólo sé que mucho prometióse
A tan fiel servidor.

ASSUERO.

¿De tal servicio
¡Oh memoria olvidada condenable
En gran manera! Efecto inevitable
De los tropiezos en que marcha el trono,
Un príncipe rodeado
De los negocios turbulentos, siempre
Hacia nuevos asuntos es llevado;
El porvenir le inquieta y el presente
Le sobresalta, mas el tiempo vuela
Que el rayo más veloz, cuando el pasado
Se pierde entre las sombras del olvido

Y nada de sus hechos nos revela.
Y entre tantos mortales que á toda hora
Su interés en mostrarnos se apresuran
Por el trono. No hay uno conmovido
De verdadero afecto por mi gloria
Y que—pues todos dicen la procuran—
Del mérito olvidado haga memoria
Y sin cesar nos hablan del castigo
Que es necesario hacer, cuando quisiera
Olvidar generoso vil ofensa
Que del bueno y leal la recompensa.
¿Y quién quiso exponerse por su rey
En semejante vez, con tan inmensa
Voluntad abnegada? ¿Y todavía
Vive aún ese mortal?

ASAPH.

La luz del día
Que os alumbra, eselarece su existencia.

ASSUERO.

¿Y qué! ¿su galardón no había pedido?
¿Dónde se oculta á mi benigna ciencia?

ASAPH.

Sin quejarse, Señor, está á la puerta
De palacio, sentado con frecuencia
Y arrastra su existir infortunado
Sin murmurar, tranquilo y resignado.

ASSUERO.

Y ménos olvidarlo es mi deseo
Cuanto él se olvida en su virtud humilde.
Cuál es su nombre, dime?

ASAPH.

Mardoqueo

Cual os leí no ha mucho.

ASSUERO.

¿Y es su patria?

ASAPH.

Ocultarla no es dado y pertenece
A la de esos cautivos, destinados
A perecer, do el Eufrates florece
Del Jordan arrancados.

ASSUERO.

¿Es por tanto judío? ¿Qué asombro oh cielo!
Al punto que mi vida
Iba á ser fenecida
Por mis propios vastallos; con el celo
De un judío se miró favorecida,
Que del puñal, la arranca, de los persas!
Mas pues él me salvó, quien sea no importa,
Su accion quiero premiar esclarecida.
¡Hola! que venga alguno.

ESCENA CUARTA.

Assuero, Hydasp, Asaph.

HYDASPO.

¿Señor?

ASSUERO.

Mira esa puerta
Por si esperara un grande de mi corte.

HYDASPO.

Aman en ella está desde la aurora.

ASSUERO.

Que entre; su ingenio me aconseje ahora.

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXIV

EL CONVENTO DE LAS TERESAS.

A PENAS comenzaba el convento que me ocupa á florecer, cuando Juárez, condescendiente con Lerdo de Tejada, sancionaba en Veracruz en 1859 la ley que debía arrancar de raíz el santo asilo de las indefensas religiosas, cuya ocupacion cotidiana no era otra, que pedir al Altísimo por aquellos mismos que mañana cifrarían su placer en dispersarlas convirtiendo en ruinas su morada.

La ilustre mexicana Doña Antonia Rodríguez de Pedroso, viuda del marqués de Selvanevada, renunciando el título y mayorazgo en su hija mayor, entró de criada en el convento de San Jerónimo de México, en cuyo lapso de tiempo la M. R. Madre Bárbara de la Concepcion, solicitó de su piedad un

limosna para fundar en esta ciudad un convento de religiosas, lo cual alcanzó con largueza; pues no sólo cedió todo su caudal que pasaba de \$105,000 sino ella misma renunciando al marquesado, tomó el hábito en el convento de Regina, determinando en su testamento que si no se efectuaba la fábrica de este convento, se repartiese todo su dinero á los pobres.

Se solicitó del Soberano la licencia para la erección, la cual fué concedida por real cédula de 25 de Junio de 1802, cuya plausible noticia se celebró en esta ciudad con repiques á vuelta de esquila el 22 de Octubre del mismo año, fecha en que llegó.

Acto continuo se dispuso el convento provisional para que viniesen prontamente las religiosas, y al efecto se tomó en arrendamiento una amplia casa en la calle de Posadas, contigua al meson de San Antonio, en la que se improvisaron las oficinas indispensables.

El Ilmo. Sr. Arzobispo D. Francisco Javier Lizana, trasladó el 12 de Abril de 1803 del convento de Regina al de Santa Teresa la antigua de México, á la R. M. Antonia Rodríguez de Pedroso, patrona del convento de esta ciudad, y allí le impuso el hábito de carmelita novicia con el nombre de María Josefa de Santa Teresa, saliendo de allá con las cuatro fundadoras, las cuales se vinieron en coche acompañadas del Ilmo. Señor que vino á hacer la visita.

El día 21 llegaron á la hacienda de Carretas extramuros de esta ciudad en donde pernoctaron, siendo atendidas con esplendidez por el Conde de Sierra Gorda, Coronel D. Juan Antonio del Castillo y Llata, dueño de la citada finca y síndico del nuevo convento.

El día siguiente despues de bendecido el convento provisional fueron conducidas las monjas fundadoras al convento de Santa Clara, de donde se trajeron en solemne procesion, compuesta de todas las comunidades y cofradías, el Ilustre Ayuntamiento en cuerpo, y muchas personas distinguidas, y al fin el Ilmo. Señor llevando bajo de palio al Divinísimo Señor Sacramentado. Iban tambien en la procesion las imágenes de San Francisco de Asis y Santa Clara como padrinos, llevando el V. Clero el Santo Niño que trajeron las religiosas para fundador y patrono del nuevo convento.

Al día siguiente 23 nombró el Ilmo. Prelado como primera prelada á la M. R. M. María Bárbara de la Concepcion.

El 24 de Junio del mismo año de 1803 se colocó y bendijo la primera piedra, con mucha solemnidad, de este nuevo convento é iglesia, apadrinando el acto el M. I. Ayuntamiento, asistiendo al acto la V. Congregacion de clérigos de Nuestra Señora de Guadalupe, asi como las comunidades de Religiosos y personas de la alta clase.

Bendijo la primera piedra el Ilmo. Señor y colocóla el Regidor, Alguacil y Capitan D. Fernando Romero Martínez á nombre del Cabildo, depositando en ella algunas monedas de oro y plata, "La Guía de forasteros de México", todo del mismo año, algunas reliquias y alhajas de valor y una lámina de cobre en que se escribieron todas las circunstancias de esta solemnidad.

Se continuaron los trabajos con tal velocidad, que el 26 de Julio de 1805 se trasladaron las religiosas á su nuevo convento, lo cual fué hecho con la misma solemnidad, presidida por el Sr. Cura y juez eclesiástico de esta ciudad, Dr. D. Alonso Martínez Tendero, que fué delegado por el Ilmo. Sr. Arzobispo, por no haber podido venir.

En la funcion de otro día dicho por el mismo Señor Cura, predicó el R. P. Fr. Juan de San Joaquin, Prior del convento del Carmen. Esto fué en un oratorio provisional.

Terminada la Iglesia se dedicó solemnemente el 1.º de Enero de 1807 con cuatro solemnes funciones, autorizada la primera por el Ilmo. Señor quien predicó en ella y trasladó el Santísimo Sacramento del oratorio pro-

vicial que estaba en la portería, al templo nuevo.

Del convento provisional á éste pasaron 15 religiosas y en 1809 había ya las 21 que limitaban sus estatutos, aunque más tarde por grave necesidad excedió el número hasta llegar á 36.

Toda la obra fué dirigida por D. Eduardo de Tresguerras y los ángeles y alegorías de las bóvedas son obra personal de él, no ménos que el famoso apostolado á la acuarela, que intaecto aún se admira en la sacristía.

Las religiosas personalmente hicieron una alfombra bastante grande que se estrenó el día de la dedicacion y la cual aún existía en 1895 todavía en servicio.

La cajonera de la sacristía, blandones y púlpito, todo esto chapeado de finas maderas y obras de arte acabadas, fueron regaladas por D. Luis de Figueroa.

Segun la correspondencia del Coronel que tengo á la vista en la cual daba cuenta de los gastos erogados en el trascurso de la obra, á la marquesa, hija de la fundadora residente en México, la obra costó pasados \$100,000 y no bastando el capital de la donante para concluir, el citado Coronel D. Juan Antonio del Castillo y Llata dió de su propio peculio, pasados \$23,000.

El Sr. D. José Escandon tambien fué de los benefactores de este convento, no ménos que el Sr. D. Loreto María Canal de Samaniego; pero ignoro las sumas que proporcionaron para el sostenimiento y dotes de las religiosas.

La patrona fundadora profesó solemnemente en el convento provisional de la calle de Posadas, el día 3 de Mayo de 1804.

Sólo 59 años tres meses no cabales (1) floreció este convento, y muy jóven aún presencié yo la exclaustacion acaecida tres ó cuatro días ántes que comenzara el sitio. El Príncipe de Salm dice que á su llegada á este convento como prisionero, aún permanecían las celdas en perfecto aseo y estado, como si acabasen de salir las religiosas.

Despues en la época que gobernó esta ciudad D. Francisco Villaseñor fué convertido en escuela de artes del Estado; pero duró poco tiempo.

Me parece que en 1880 el Sr. Pbro. D. Francisco Figueroa (hoy canónigo) compró á un particular el convento y comenzó á componer las celdas destruidas por la soldadesca, con objeto de fundar una casa de ejercicios, segun oí decir; pero no se realizó sino que en 1883 se convirtió en el Seminario Conciliar que aún existe allí.

Cuando la capitulacion de Luaces el año de 1821, aquí vició Iturbide á la esposa de aquel, que se encontraba alojada con las religiosas.

El 17 de Mayo de 1867 (despues de la traicion de López) fueron conducidos los prisioneros de la Cruz á este convento, tocándole á Maximiliano y Generales la pieza convertida hoy en salon que está sobre la aula general, á la entrada mano izquierda, y habiendo sido separados los prisioneros fué puesto el Príncipe de Salm en la pieza izquierda de la capilla de la huerta.

Dentro del templo fué donde en el término de dos horas que se le concedieron al General Méndez, se preparó para la muerte, y se despidió de su familia el 19 del mismo Mayo, poco ántes de sacarlo á fusilar.

Con el fin de desagraviar á Nuestra Señora de Guadalupe de las ofensas hechas por los insurgentes, la R. M. Bárbara de la Concepcion mandó fabricar la capilla de la huerta, y la cual fué hecha de limosnas segun se lee en unas inscripciones que allí existen, concluyéndose el 30 de Octubre de 1812; y el 12 de Noviembre de 1896 se renovó y bendi-

(1) Muy equivocado está el príncipe de Salm Salm al decir en su obra "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 188, líneas 27 y 28, que las monjas ocuparon este convento durante muchos siglos.

jo, á expensas de nuestro dignísimo Prelado guadalupano, Ilmo. Sr. D. Rafael Camacho.

Mucho me resta aún que hablar de este convento, pero no debo ser prolijo. Básteme decir que la palabra de un miserable mortal con el título de ley no estorbó, digamos así, los designios de la Providencia; pues aunque bien es cierto que las monjas concluyeron aún físicamente [pues ya sólo una sobrevive] esto no obstante, sigue siendo esta morada verjel de divinas flores, cuyo aroma se esperece no sólo á los confines del Estado, sino aun hasta los campos de Loyola.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

L

PARA UN NIÑO EN EL CUMPLEAÑOS DE SU PAPA.

Cuán dulce me es ¡oh! padre,
hablarte en este día
Con el divino idioma—
que encierra el corazon.
Están sus notas suaves
tan llenas de armonía,
Que se embelesa el alma
sintiendo su rumor.

Cuando en Oriente nace
la luz de la mañana,
Tiñendo los celajes
de gualda y rosicler;
Y tiende en los collados
sus gasas de oro y grana,
Y besa la pradera
remedo del Eden.

¿No es cierto que levanta
gozosa la natura,
Un himno cadencioso,
loando al rubio sol?
¿Qué más que yo en tu día
te dé con mi ternura
El más sentido canto,
el canto de mi amor?

¿Qué más amo en la vida
que tus sin par caricias?
¿Qué más que el grato acento
de tu querida voz?
Sin tí no hay en mi pecho
repose ni delicias;
Sin tí me cubren sombras
que dejan llanto en pos.

Por esto al ver que hoy brilla
la luz de tu mirada
Con los fulgores puros
de célico arrebol,
En los albores bellos
de mi niñez dorada,
Saludo cariñoso
te manda el corazon.

LI

EN UNA DISTRIBUCION DE PREMIOS.

Llegó, por fin, el momento
En que puede el alma mía
Deciros cuánta alegría
En estos instantes siento,
Las flores del sentimiento
Me brindan esencia pura,
Y no puedo en mi ternura
Dejar de elevar un canto
De la niñez al encanto
Hoy que sonrío de ventura.

Como el labrador que siega
La fecunda rubia espiga,
Y despues de la fatiga
Al hogar contento llega,
Así la niñez se entrega
Con fruición en esta hora
A la calma bienhechora,

Pues trás rudo batallar
La veis en este lugar
En las letras vencedora.

Tierno vástago que crece
Nutrido con rica savia,
Nada su poder agravia,
Y con lozanía florece.
Quien sin vida desfallece,
Es el árbol que en el llano
No tiene una amiga mano
Que lo riegue; y no este grupo
A quien el destino cupo
De no estar en yermo insano.

Paloma de níveas alas
Que anidas en el ramaje,
Fleco de oro del celaje,
¡Cuán divinas son tus galas!
Flor que perfumes exhalas,
De la selva entre las sombras,
Y que á los lirios asombras
Con tu espléndida hermosura,
Dime, flor de la espesura,
Dime si niñez te nombras.

De la vida en los azares
Eres la única esperanza,
Hoy que le impiedad se lanza
Destruyendo los altares;
Y en los recónditos lares
Donde paz y amor anidan
Anhelosos te convidan,
Porque eres brillante luz,
Y do esplende tu capuz
Hasta las penas se olvidan.

Tu sonrisa seductora
Tiene inefable consuelo,
Porque ha bajado del cielo
La dulzura que atesora;
Eres maga encantadora
Que en flores truecas abrojos;
Huyen de tí los enojos,
Y tu mano peregrina,
Cuando al mortal se encamina
Seca el llanto de sus ojos.

Recibe, dulce niñez,
Mis cariñosas saludes
Hoy que presurosa acudes
Llena de gloriosa prez;
De tus trabajos el juez
Declara que has merecido
El laurel que te ba ceñido,
Salud, invencible atleta,
Adelante hasta la meta,
Para luchar has nacido.

LII

A LA SEÑORITA REFUGIO GUARDIOLA.

Cuando natura quiso dar al cielo,
Al lirio y á la tímida violeta
Su esplendente zafiro,
No encontró en la paleta
Con que teñir tan puro y rico velo,
Esto juzgó; y creo que en tus ojos
Mojaría sus mágicos pinceles,
Así como en tus frescos labios rojos
Tomó el carmin del alba y los claveles.
Mas no pudo una cosa transmitirles:
La luz de tu mirada soñadora;
Y en esto aventajan tus pupilas
Al cielo, y á la viola y á los lirios;
Y tu boca se iguala
Al ropaje de gala
Del gallardo clavel y de la aurora.

(Continuará.)

CARIDAD DE UNA NIÑA.

En Mora de Rubielos, Teruel, ha tenido efecto uno de esos hermosos rasgos de caridad, cuyo relato no puede escucharse sin sentirse profundamente conmovido.

La maestra de niñas de aquella villa aragonesa, Doña Luisa Díaz, había manifestado á sus discípulas que era preciso contribuir al

socorro de los pobres soldados que llegaban heridos ó enfermos de la guerra, y las rogó dijeran en sus casas respectivas que en la escuela se había abierto una subscripción para contribuir al fin indicado.

A la mañana siguiente todas las niñas concurren, llevando, según la posición social de sus familias, ya cinco, ya diez ó más céntimos, que iban entregando presurosas á su profesora. Una niña pobremente vestida permanecía en uno de los extremos del salón, como absorta y mirando de una manera entre vaga y curiosa á sus compañeras: sólo ella faltaba, y cuando la última de aquellas hubo depositado su óbolo sobre la mesa de la maestra, viósele avanzar temerosa y con paso vacilante.

—Señora—dijo al acercarse—tome usted esto para los soldados.

Y la entregó un pequeño envoltorio.

—¿Y ésto qué es?—la interrogó la señora.

—Pues el pan que para mí me han dado mis padres.

—Hija mía, el pan no puede enviarse á Madrid.

—Mándelo usted, señora: yo no puedo dar otra cosa: mis padres no tenían una perrica [cinco céntimos, un centavo de nuestra moneda] que darme: además no tengo hambre.

—¡Pobre hija mía!—replicó la profesora, velados sus ojos por la emoción, y dando un beso á la niña, y enjugándose los ojos, añadió:

—Guárdate el pan y cómetelo, es lo mismo: basta con tu buen deseo.

Llorosa y avergonzada se retiró la tierna criatura, y llorosa y pensativa permaneció aquella mañana durante toda la clase.

Terminada ésta, y mientras Doña Luisa comía con su familia, refirió el generoso rasgo de Irene Escriche, que así se llamaba la niña, y enalteció sus nobles sentimientos. Atenta escuchó el relato la sirvienta de la casa, que, impresionada, se retiró á la cocina limpiándose los ojos y diciendo:

—No, pues, Irene no queda sin su perrica.

Y la buena criada esperó á la niña á la entrada de la escuela, á la hora de la clase de la tarde. Al verla llegar la tomó en sus brazos, y comiéndosela á besos, la dijo, dándole una moneda de cinco céntimos:

—Toma, Irene, esta perrica; no quiero que seas ménos que ninguna.

—Si ya tengo una perrica contestóle la niña llena de satisfacción, enseñándole una que llevaba muy apretada en una de sus manos.

—No importa: toma, y así llevarás dos.

Muy ufana entró la niña en la clase, y dirigiéndose contenta y apresurada á la profesora, acompañando la acción á la palabra, la dijo:

—Tome usted, señora.

—¿Cómo es ésto?—interrogóla ésta, tomando las monedas.

—¿Te han dado tus padres estos diez céntimos?

—Mis padres no tienen dinero. Ya se lo dije á Vd. esta mañana.

—¿Quién te lo ha dado?

—Pues, una perrica, su criada de Vd.

—¿Y la otra?

La otra... La otra no pudo sacarle la señora quién se la había dado.

—Había pedido limosna para los soldados heridos y enfermos!

UNA TRADICION.

Dícese que paseando San Agustín por la orilla del mar, meditaba en el misterio de la Santísima Trinidad, cuando vió á un niño sacando agua con una concha y echándola en un hoyo.—¿Qué haces?—le preguntó San Agustín.—Echar en este hoyo toda el agua del mar,—respondió el niño, que algunos dicen era el Niño Jesús.—¿No ves que eso es imposible?

—replicó el Santo.—Más imposible es—dijo el niño—querer tú comprender en tu cabeza el misterio de la Santísima Trinidad, que no tiene como el mar límites ni fondo."

San Agustín sintió su alma singularmente iluminada por la fé.

El insigne poeta Lope de Vega dedicó su ingenio á describir aquella tradición, y lo hizo admirablemente en la siguiente poesía:

A SAN AGUSTIN.

En las riberas del mar
se paseaba Agustino;
altos pensamientos tiene,
hijos de su ingenio altivo.

Lo que presume entender,
ningun mortal lo ha entendido:
cómo es Dios uno en esencia,
siendo en las personas trino:

Cómo es el Padre increado,
y cómo engendra á su Hijo
eternamente, y procede
de los dos el Santo Espíritu:

Cómo era al principio el Verbo,
y era cerca de Dios mismo,
Dios era el Verbo, de Dios
cerca, y ésto en el principio:

Cómo la primer Persona
es sin ninguna, y ha sido,
y que es por generacion
la segunda, que es el Hijo:

Cómo la tercera es,
quiere entender atrevido,
por comun inspiracion
de las dos amor divino:

El ser Hijo y Padre eternos,
porque son correlativos
y el Espíritu aquel lazo
que en amor los tiene unidos.

Cuando está pensando en esto,
vuelve el rostro y ve que un niño
sentado estaba en la arena
á los pies de un pardo risco;

ensortijado el cabello,
largo, crespo, rubio y rizo,
y en dos estrellas por ojos
engastados dos zafros;

como marfil terso el rostro,
y de rubies ceñidos
los labios, que parecían
venda de grana de Tyro.

En coger agua del mar
el niño está divertido
con una madre de perlas,
concha de su nácar limpio.

—¿Qué haces, dice Agustín,
niño hermoso, en este sitio,
que me da pena, si acaso
vas de tus padres perdido?—

Mirándole las espaldas
pensó hallar su nombre escrito,
más solamente en la cruz
tuvo su rótulo Cristo.

—No estoy en vano, responde,
que reducir solicito
el mar inmenso que ves
á este pequeño resquicio.—

Agustino le responde:
—No te canses, niño mío,
que es imposible agotar
el mar inmenso en mil siglos.

—Pues lo mismo me parece
que hacéis vos, padre, le dijo,
pues es saber lo que es Dios
proceder en infinito;

que como el mar Océano
no es posible reducirlo
con esta concha á esta quiebra,
ni agotar su inmenso abismo,

así vos el mar de Dios
eterno é incircunscripto
con vuestro ingenio mortal,
aunque ingenio peregrino.—

Quedó Agustín admirado,
y humildemente advertido
que no fuera Dios quien es,
si fuera Dios entendido.

Quiso al niño responder,
y no le halló cuando quiso,

desengañado que Dios no cabe en mortal sentido.

Desde entonces escribió que era más seguro asilo el creer que el entender, que Dios se entiende á sí mismo.

LOPE DE VEGA.

SECRETO

DE LA

CONFESION.

(Trad. para EL TIEMPO.)

I

EL frío era muy vivo en Suiza, había nevado mucho la víspera de Noche Buena del año 188...

En este día, después de medio día, el abad Schubert, cura de Valneige, en el canton de Vaud, dejó el presbiterio para visitar á sus enfermos y á sus pobres, y les preparaba la gran fiesta del día siguiente.

El infatigable sacerdote entregado á sus feligreses, encontraba en su corazón un remedio para todos los sufrimientos. A unos les proporcionaba recursos, á otros prodigaba consejos y consuelos. Por todo esto era amado y venerado.

Después de una corta visita á Gertrúdis, la hilandera de Heutz, cuya ceguera llegaba á ser casi completa, y que estaba imposibilitada para el sostenimiento de sus hijos, se detuvo un instante en casa de Haldrick, un leñador que una fatal imprudencia había vuelto paralítico; después siguió el presbítero por el valle de Rezelz donde dijo, al pasar, palabras consoladoras al padre Hubert, que sufría de sus reumatismos, al gran Koltz, y á Matías el paralítico.

La nieve caía, el viento soplabá, el camino del sacerdote era penoso y algunas veces peligroso, porque, en la tormenta, era fácil extraviarse y caer en los precipicios.

Sin embargo volvió á la ciudad sin accidente, con su rosario en la mano, rezando por los que no podían orar.

En la plaza pública, frente á la escuela, los niños jugaban á las bolas de nieve, deteniéndose de vez en cuando para soplar sus manos azuladas.

El pequeño Hecknel, el hijo del herrero, en el fuego de su lucha, lanzó una bola que se rompió sobre la sotana del cura.

El niño se enrojeció hasta las orejas y bajó su cabeza, asustado y confundido.

Levantando un poco la vista vió la buena cara sonriente del sacerdote y recobró ánimo.

«Buenos días, Señor Cura, dijo políticamente quitándose su gorro de pelo.

—Buenos días, mi amiguito, respondió el sacerdote.

Y le tocó suavemente la mejilla.

Antes de alejarse, añadió, dirigiéndose á los niños:

«Jugad mucho, mis queridos pequeños, el buen Dios no prohíbe eso.»

Hecknel, hijo de protestante, conocía poco al sacerdote. Se volvió á sus compañeros y dijo:

«¡Qué buen humor tiene vuestro cura!»

Después volvió á tomar sus bolas de nieve, mientras que el abad Schubert se dirigía á la iglesia, cuya silueta se ostentaba á doscientos pasos, en la otra extremidad de la plaza.

II

Era cerca de las cuatro de la tarde. Un silencio profundo reinaba en la antigua iglesia.

Únicamente Wilmann, el sacristan, iba y venía, muy apurado, preparando todo para las ceremonias de la noche.

Se había subido al coro una soberbia cuna con un Niño Jesús de cera, vestido de rojo y rodeado de ángeles con alas doradas y de corderos blancos. Guirnalda de boj formaban un gracioso encadenamiento. Una luz un poco débil, tamizada por vidrieras en forma de los ange de una ventana gótica, cubría la cuna del Niño Divino.

El cura se arrodilló frente al altar y permaneció en oración extraño á todo lo que le rodeaba. Así fué como la detonación de un balazo tirado afuera del lado del jardín del presbiterio, apenas hizo que ligeramente se moviera.

Pocos minutos después, la puerta de la sacristía se abrió con estrépito; Wilmann, con los ojos brillantes, las facciones descompuestas, entró precipitadamente, y aproximándose al sacerdote, se acercó á su oreja y dijo:

«Señor Cura, tengo que decir os una palabra, venid, os lo suplico.»

El sacerdote levantó la vista. El aspecto trastornado de Wilmann le asustó. Se levantó y le siguió.

«¿Qué tienes pues, mi pobre Wilmann?, le preguntó al franquear el umbral. Estás pálido; ¿estarás enfermo?»

El sacristan movió la cabeza y murmuró:

«¡Ah! ¡qué desgracia!»

—Tú me asustas.

—Si supierais, si supierais!

—¡Dios mío! ¿qué pasa?»

El sacristan pasó la mano por su frente, y bruscamente, deteniendo el curso á las preguntas, dijo:

«Señor Cura, deseo confesarme.»

—¡Confesarte!

—Sí, inmediatamente. No puedo permanecer más tiempo.

—Pues bien; ponte allí frente á ese reclinatorio y comienza tu confesión.

Wilmann obedeció.

Inclinando la cabeza, balbució la

señal de la cruz y dijo con voz ronca:

«Padre mío, me acuso de haber asesinado á un hombre.»

El sacerdote se estremeció y exhaló un grito.

«He asesinado á Hecknel el herrero, hace un momento, de un balazo... Habéis podido oír ese balazo...»

—¡Ah! desgraciado, balbució el sacerdote. Este crimen horrible lo habéis cometido!...

—Sí, lo he cometido... Yo tenía que querellarme de Hecknel; lo excreé secretamente... Cada día que pasaba aumentaba mi odio... Era necesario acabar. He escogido el día en que mi venganza debía aparecer.

—¡Oh! desgraciado desgraciado! repitió el confesor, es necesario orar... orar mucho... Dios os ha detenido en el borde del abismo.

—Orar, dijo sonriendo el sacristan, no es esto lo que he hecho. Escuchad mi confesión hasta el fin. Esta mañana, en el presbiterio, me dije: Es para ahora. He tomado vuestro fusil viejo, lo he cargado con dos balas, después lo he llevado á la sacristía, donde lo he ocultado...»

El sacerdote había llegado á estar pálido como un muerto; un sudor frío mojaba sus mejillas y temblaba todo su cuerpo.

«¡Dios mío! balbució; ¡ese fusil!...»

El sacristan continuó:

«Cuando abandonásteis el presbiterio para visitar vuestros enfermos, tomé el fusil de su escondrijo, me he vestido vuestra sotana vieja, me he puesto vuestro sombrero, me calcé vuestros zapatos, y me he ido á ocultar en el fondo del jardín en un emparrado.

Desde que apercibí á Hecknel en el camino, que se dirigía á su taller, le apunté al corazón é hice fuego dos veces. Ha caído como una masa inerte hacia adelante, con los brazos extendidos, sin poder dar un grito.

Estaba muerto, bien muerto, porque su hijo, que le acompañaba, le sacudía en vano llamando con voz conmovedora. ¡Oh! he sido bien vengado. He abandonado mi escondrijo y héme aquí. No tengo nada que añadir.»

El sacerdote estaba desmayado sobre su reclinatorio, agotado, aniquilado, y un raudal de lágrimas corría en sus mejillas.

El homicida le consideró silenciosamente, sin emoción, después se levantó bruscamente, abrió la puerta de la sacristía y huyó.

III

Pasó un momento.

El abad Shubert, siempre con el golpe de la terrible revelación, oraba y lloraba con la frente entre sus manos.

De vez en cuando un sollozo le subía á la garganta y balbuceaba, á media voz:

«¡Dios mío! . . . Dios mío! Se me creará culpable. Estoy perdido. . . . perdido. . . .»

El pobre sacerdote experimentaba indecibles torturas morales.

Se veía, con el pensamiento, acusado de un crimen horrible. . . . una muerte! . . . El arma homicida estaba allí, frente á él, en un rincón. . . . Y este sombrero, esta sotana. . . . todo lo abrumaba. Y él, confidente de ese crimen, él que conocía al verdadero culpable, no podía abrir la boca para justificarse. El secreto de la confesion estaba allí; ántes morir que violarla.

No murmuró, pero involuntariamente pensó en el dolor de su anciana madre, cuando supiera, por el rumor público, que su hijo era acusado de un cobarde asesinato. ¡Oh! ella no le creará culpable, la piadosa mujer, no, ¡eso no era posible!

El abad dirigió una mirada suplicante al gran Cristo suspendido de la muralla, y que parecía sonreírle con bondad, entre los temores de la agonía, y dijo:

«Dios mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía.»

¿No era la oracion del divino Señor?

Invocó tambien á María, la Virgen Purísima, la abogada de las causas desesperadas. La oracion le volvió el valor.

Había recobrado la calma, cuando, de repente, afuera se oyeron muchas voces. La puerta se abrió y entró la multitud, agitada, amenazante.

«¡Asesino! exclamó, asesino, confiesa tu crimen.»

Y como el sacerdote permaneciera imposible, uno de los hombres, señalando con el dedo el fusil que acababa de descubrir dijo:

«Hipócrita, tú eres el verdadero culpable. Que se le lleve á Berna, allí es donde debe ser juzgado y sufrir su castigo.»

¡Sí, sí, gritó la multitud, muerte al asesino!»

La instruccion del asunto de Valneige se siguió activamente. Bien pronto el abad Schubert debió comparecer ante sus jueces.

El infortunado desde su encarceracion había envejecido diez años. Sus facciones adelgazadas, su tinte pálido, sus ojos rodeados de una sombra negra, su dorso encorvado, su marcha vacilante, todo denunciaba los terribles sufrimientos que había experimentado.

Penetrando al recinto del tribunal de Berna, experimentó una violenta emocion; frente á él, en la mesa, entre las piezas de conviccion, había notado su fusil viejo, su sotana, su sombrero y su calzado.

La sesion comenzó.

A las preguntas del juez, el cura de Valneige respondió con estas palabras:

—«Yo soy inocente.»

—¿Quién es el culpable?

—Vuestro deber es descubrirlo. Fueron llamados los testigos.

Eran numerosos: todos habían visto al herrero Hæcknel caer sin vida en el camino, herido por el balazo, y habían reconocido al abad Schubert que huía por el jardín, hacia la sacristía teniendo en la mano su fusil humeante.

El arma estaba allí á la vista de los jueces así como las otras piezas de conviccion. Toda negativa era inútil. Los testigos estuvieron unánimes para abrumar al acusado. Uno solo levantó su voz para su defensa, era el pequeño Hecknel, el hijo de la víctima.

A todas las preguntas que le dirigían, él respondió:

«El abad Schubert no es el asesino de mi padre.»

Esta palabra turbó el alma de los jueces, y el juicio fué diferido.

El acusado continuó orando con fervor.

Un día, el juez Hergoz, paseando sorprendió la conversacion del pequeño Hecknel y de Gaspar, otro niño de Valneige.

«¿Estás convencido, Hecknel, que el abad Schubert es inocente?»

—Sí, Gaspar, del todo convencido.

—Pues ¡bien! yo tengo la certidumbre.

—¿Tú?

—Sin duda. Escucha lo que te voy á contar. Soy protestante como tú, conozco muy poco al abad Schubert. ¿Tú te acuerdas que, el día de la desgracia le has salpicado, al pasar, con una bola de nieve?

—En efecto, me acuerdo.

—Viendo el buen humor, la habilidad del sacerdote católico, una idea me pasó por la mente. Quise entrar con él á la iglesia. Se me había hablado de una cuna donde dormía un gracioso Niño Jesus, en medio de angelitos; me deslicé detrás de una columna, y sin ser observado, admiré á mi gusto al Niño divino.

«El cura oraba arrodillado frente al altar.»

«Estaba allí, á mi vista, cuando se oyó la detonacion.»

—¿Estás seguro? interrumpió el pequeño Hecknel.

—Perfectamente seguro.

—No ha podido tirar ese balazo. Tenía razon en afirmar que el abad Schubert no era el asesino de mi pobre papá. ¿Qué pasó despues?

—El sacerdote ha continuado su oracion. Un instante despues, Wilmann, el sacristan, vino á tocarle por la espalda y lo llevó á la sacristía. Allí fué donde se le aprehendió.»

El juez no había perdido una palabra de este coloquio.

Un rayo de luz alumbró su espíritu.

Hizo llamar á Wilmann á su gabinete y resolvió dar un gran golpe. «Sois, le dijo, el asesino de Hecknel.»

—¡Yo! balbució el sacristan, que se puso lívido.

—Sí, vos; tenemos las pruebas de vuestro crimen.

—Os engañais, soy inocente.

El juez le detuvo.

«He aquí lo que ha pasado, le dijo. Habeis premeditado la muerte del desgraciado herrero. Para cumplir vuestro crimen, no habeis temido perder á un inocente. Habeis tomado el fusil del abad Schubert y sus vestidos, despues os habeis ocultado en el emparrado del presbiterio, esperando á vuestra víctima. Desde que apareció hicisteis fuego sobre ella. . . .»

Un grito de desesperacion de Wilmann interrumpió al juez.

«¡Basta, exclamó el miserable, basta, gracia!»

—¿Lo confesais por fin?

—Sí, sí, he matado á Hecknel mi enemigo. Para disculparme había tomado el arma y los vestidos del abad Schubert. Inmediatamente despues del crimen, me confesé con él á fin de que no pudiera acusarme. A pesar de esto, estoy perdido.

—Dios es justo, dijo Hergoz; tarde ó temprano la verdad aparece, y brilla á vista de todos.

Una nueva instruccion se comenzó, probó claramente la inocencia del sacerdote y la culpabilidad de Wilmann, que fué condenado á una detencion perpétua.

El abad Schubert en vano había elevado su voz en su favor. El juez Hergoz le interrumpió desde sus primeras palabras:

«Señor abad, le dijo, puede V. perdonar á este hombre que ha llegado á ser asesino por venganza y ha querido perderos. Pero nosotros, que tenemos el poder de la justicia, no tenemos el derecho de mostrarnos indulgentes. Su condena servirá de ejemplo á los que hayan intentado imitarle.»

Dejando el salon de justicia, la multitud quiso hacer una ovacion al abad Schubert. El la rehusó y volvió modestamente á Valneige, donde se le esperaba con impaciencia.

Despues, continuó cumpliendo simplemente y sin afectacion sus funciones sacerdotales. Todos le aman como un padre y le veneran como un santo.

A su paso los niños protestantes y católicos se descubren con respeto misterioso, y se dicen á media voz:

«Este es el mártir del secreto de la confesion, el mártir del deber! . . .»

LUCIEN THOMIN.

La dulce mentira halaga,
la amarga verdad enoja,
el consejo se desoye,
y se admite la lisonja.

Angel Lasso de la Vega.

LOS BANDIDOS

DE

BENEVENTO.

(Episodio de la vida de Leon XIII.)

I

DORMIA tranquila Benevento, acariciada por las suaves auras de sus bosques y arrullada por los sordos mugidos de sus ríos. Cubrían el cielo densas nubes de formas caprichosas que, impelidas por el viento, ya ocultaban la luna formándola tupido velo, ya la dejaban aparecer tras cárdeno cerco, iluminando entónces con tinte melancólico el obelisco egipcio, las ruinas del anfiteatro, por cuyas rotas arcadas veíase brillar la arena, el arco famoso de Trajano, las ruinosas murallas más léjos, y allá en lontananza la negruzca masa de viejísimo castillo, cuyos sillares tapizaba el musgo y en cuyas torres se albergaban los buhos y las lechuzas.

De las ventanas del castillo salían torrentes de luz que iluminaban vivamente las rocas sobre que aquel se sentaba, y los mil confusos ruidos del chocar de la vajilla y la báquica algazara rompían el silencio majestuoso de la noche, denunciando una orgía celebrada en el castillo.

A la luz de la luna podía verse un jinete embozado hasta los ojos, trepando presuroso por los vericuetos que llevaban al castillo. Cuando llegó junto al foso oyóse un silbido azas extraño, seguido del tétrico graznar de una lechuza. Un momento despues chirriaron las cadenas en sus poleas, oyóse el aleteo de un buho que huía espantado, y cayó un momento el puente levadizo para dar paso al jinete y alzarse en seguida. Ya dentro del castillo, echó pie á tierra el embozado, botó las riendas al primero que le salió al encuentro, y mudo el ademan y torvo el gesto, echóse á andar hacia donde se oía la algazara.

Celebrábase el banquete en un salon ricamente adornado, de cuyo techo pendían preciosas lámparas que lo iluminaban profusamente y arrancaban vivos destellos á las panoplias y armaduras milanesas que adornaban los muros y los ángulos del salon. En el centro de éste y en derredor de una mesa opíparamente servida, sentábanse hasta quince hombres de rostro patibulario y encendida la mirada por los vapores del vino. Unos, medios tumbados ya encima de la mesa, casi no se daban cuenta de lo que pasaba en torno suyo; los demás hablaban todos en confusa algarabía, lanzando atroces blasfemias y horribles carcajadas, manoteando, golpeando el suelo ó asiendo bruscamente á su vecino.

De pronto se abrió la puerta, cesó un momento el ruido, volvieron to-

dos el rostro hácia ella, apareciendo el jinete de la capa. Un grito de entusiasmo recibió su llegada, y doce brazos se alargaron brindándole otras tantas copas; pero él avanzó resuelto hasta medio salon, desembarazándose pausadamente, dirigió una mirada en torno suyo, y dijo moviendo la cabeza:

—¡Bien! ¡Divertíos y dormid tranquilos, que ya despertareis en las mazmorras!

—¡Bah! ¡quién piensa en eso! dijo uno de los comensales, volviendo desdeñosamente la cabeza.

—¿Quién? El Delegado, respondió con firmeza el otro.

—¿Quién dices? preguntaron todos con ansia, dejando las copas en la mesa y medio incorporándose en sus asientos.

—Esta tarde fué cogido Pascual Colletta por las tropas del Delegado.

Palidecieron todos al oír esto, mirándose unos á otros llenos de asombro, y el recién llegado continuó:

—Y tienen órden las tropas de registrar este castillo.

Entónces, el que presidía la mesa, encaróse bruscamente con el embozado, y dando un terrible puñetazo encima de la mesa, exclamó:

—¡Per Bacco! ¡que se atreve á mucho ese jóven imberbe! Mas yo le enseñaré. . . . Pero veamos qué se puede hacer.

—Esperar aquí á las tropas dijo uno.

—Sí, añadió otro; encastillarnos y pelear hasta morir ó vencer.

—Así no haremos más que retrasar nuestra ruina, y lo que importa es evitar el rayo que nos amenaza.

Hay que ver al Delegado y ganárselo á punta de oro, de súplicas ó de amenazas, y esto, señor, sólo vos podeis hacerlo, concluyó haciendo una cortesía al hombre del puñetazo.

—Y lo haré, ¡voto á. . . ! Mañana mismo le hablaré para que nos deje en paz y nos suelte á Pascual Colletta.

—¿Y si resiste? preguntó uno.

—Ya se cuidará de hacerlo, respondió el interpelado; que buenas influencias tengo en Roma para cortar á ese jóven su carrera, hundiéndole en el polvo para siempre.

Un ¡bravo! general fué la respuesta, y luego continuó la orgía.

II

Era esto en los buenos tiempos en que el Papa mandaba como rey en algunos Estados, debido á la providencial eleccion de los pueblos y la piedad y munificencia de algunos soberanos, contándose entre esos Estados el ducado y provincia de Benevento.

Cedido al Papa Estéban III por el rey Pepino el 754, fué usurpado por Napoleon I y dado á Talleyrand en 1806, y restituido á los Papas en 1814.

Desde entónces fué teatro Benevento de escenas de sangre y de rapiña, pues que fué el refugio de bandoleros, malhechores y presos de Estado que los vecinos reinos arrojaban allí como el mar á las orillas los despojos de una tempestad.

Entre los bandoleros estaba Pascual Colletta, tristemente célebre por su crueldad y su rapiña, y más de una vez había provocado serios disgustos entre la Santa Sede y el Rey de Nápoles, porque era protegido por un alto señor de la provincia.

Amigos de Pascual Colletta eran los que vimos la noche anterior en un castillo, y nada ménos que el que dió el terrible puñetazo. ¿Cómo era que temblaban los bandidos, si muchas veces habían encontrado seguro refugio y salvacion en los castillos?

Corría el año de 1837 y gobernaba la iglesia Gregorio XVI. Necesitaba un hombre enérgico que gobernara en Benevento, y algunos le aconsejaron que mandara al entónces desconocido Mons. Pecci, que apénas contaba 27 años y acababa de recibir el sagrado órden del Presbiterado. Envióle Gregorio XVI á Benevento con el carácter de Delegado Apostólico, que es como si dijéramos de gobernador civil, y la historia se ha encargado de confirmar lo acertado de la eleccion.

Nacido Vicente Joaquin Pecci al pie de los Apeninos, en la aldea de Carpineto, pasaba su primera juventud trepando por los cerros y los riscos, descansando á orillas del riachuelo ó en el fondo de los bosques; eran sus costumbres sencillas como las de la gente del campo; tenía su frente la dulzura del arroyo que parece llorar entre las guijas, y su carácter la inquebrantable firmeza de los riscos, contra los que se estrellan los huracanes.

Apénas llegado á Benevento comenzó á introducir reformas radicales. Comprendió que lo más importante para el bien de la provincia era procurar la seguridad pública, y comenzó á perseguir á los bandoleros luchando al mismo tiempo contra sus protectores los señores principales del ducado. Una de las prisiones más importantes fué la de Pascual Colletta; y por eso vimos palidecer á los bandidos cuando recibieron la noticia.

Veamos el resultado.

III

La tarde del día siguiente á la noche de la orgía, presentóse en el palacio del Delegado el Exmo. Sr. Marqués de X*.

Fué recibido apénas lo anunciaron, y al entrar al salon en que lo recibía el Delegado, encontróse frente á frente con un jóven de finas y delicadas facciones, con los ojos de un azul purísimo como el cielo de Italia, y una sonrisa suave como las hojas

de los árboles mecidas por el céfiro. Su voz era armoniosa y sus maneras de gran señor.

El Marqués creyó fácil la empresa, y después de los saludos de estilo, abordó la cuestión diciendo:

—Parece que os empeñáis, Monseñor, díjole el Marqués, en perseguir á ciertas gentes que se refugian en esta provincia huyendo de otros reinos.

—Son bandoleros que asuelan la comarca impidiendo la seguridad pública, y es mi deber exterminarlos.

—Sin embargo, Monseñor, los que os han precedido en el mando...

—Lo veo, no han logrado exterminarlos; pero eso no impide que yo ponga cuantos medios pueda.

—Pero, Monseñor, os atraerá la mala voluntad de los señores de la comarca.

—La justicia, señor Marqués, no atiende á las personas, y yo ejerzo aquí la justicia.

—En suma: yo, Monseñor, venía á pedir algo de misericordia para esos infelices. Vuestro rigor os puede acarrear perjuicios graves; vuestra misericordia os traerá muchos bienes. ¿Quereis oro? Yo os lo daré á manos llenas. ¿Quereis defensores fieles y decididos? Los teneis en esa gente que ahora perseguís, y que gustosa derramará su sangre en defensa vuestra á poco que la concedais vuestro favor.

—No, señor Marqués, le respondió sonriendo el Delegado, represento aquí al Sumo Pontífice, y es el Pontificado la roca sobre que se sienta la Iglesia. Las rocas resisten impávidas las tormentas y los huracanes, y contra ellas se estrellan el vientecillo que mece en el campo las espigas, y las olas que deshacen los buques en el mar.

El Marqués, indignado, quiso intentar el último recurso, y tomando su sombrero exclamó poniéndose de pie.

—Está bien, Monseñor. Pues que no quereis transigir, parto ahora mismo para Roma, veré al Cardenal Z. y traeré el decreto de vuestra destitución.

El Delegado, sin inmutarse, le respondió con su voz más armoniosa:

—Partireis, señor Marqués, y anunciareis al Papa la terminación de mi obra, cuya terminación esperareis en el fondo de un calabozo.

Irguióse fiero el Marqués, y mirándole de hito en hito replicó:

—¿Qué! ¿me amenazáis?

—Sencillamente os indicaba cómo cumpliré con mi deber llegada la ocasión, respondióle el Monseñor.

Doblegóse el Marqués ante voluntad tan enérgica, los bandidos fueron exterminados, y el Monseñor de entonces háse convertido en el gran Pontífice Leon XIII.

LA PALOMA TORCAZ.

Huyen las sombras, y ya indecisa la luz del alba se ve brillar; sopla del campo la fresca brisa, y de los valles la poetisa, la dulce alondra se oye cantar.

Se abren las flores: con sus espumas juega el arroyo murmurador; y cual cortina de blancas plumas, en la hondonada flotan las brumas sobre la choza del labrador.

Y entre los brazos de una colina, allá á lo léjos, aparecer medio velada por la neblina, cual extraviada garza marina, la blanca ermita se alcanza á ver.

Muéstrase en tanto del sol el disco entre celajes de oro y zafir; lento el ganado deja el aprisco, y por las quebradas de áspero risco un ave á solas se oye gemir.

Hay en su canto súplica ó queja, tanta ternura, tanto pesar, que cuando el ala bate y se aleja, entre confusos temores deja sumida el alma que sabe amar.

Y entónces se alzan de la memoria recuerdos vagos que á un tiempo son reminiscencias de antigua historia y hermoso ensueño de eterna gloria... de otra existencia fugaz vision.

¡Vedla, allí viene!... su vuelo es triste, tristes sus bellos ojos también; para ella el nido quizás no existe... ¿Dime, avecilla, que acaso viste voraz incendio quemar tu eden?

Pobre avecilla, huérfana y viuda, ¿quién ¡ay! tu pena podrá calmar si á tu reclamo no hay quien acuda? ¡Siempre la suerte se muestra ruda con los que nacen para llorar!

Cuando te miro cruzar el llano, ó por los riscos te oigo gemir, pienso en tu vida ver un arcano... ¡Ave querida, posa en mi mano!... ¡los dos nacimos para sufrir!

Miguel Luis García.

UNA FLOR.

A...

Te acuerdas, niña, de la rosa pura que me brindaste al despuntar el día? De aquella flor emblema de ternura que en su tallo gentil se estremecía?

Y que al cogerla de contento llena y al arrancarla, sin causarle enojos, en su casta corola de azucena le diste un beso con tus labios rojos?

Y que después, yo loco, enamorado, sintiendo del amor el largo exceso vaga la mente, el ánimo turbado, cogí la flor y le imprimí otro beso?

Te acuerdas de esa flor? Yo la conservo como un recuerdo de tu amor ardiente, como un alivio en mi dolor acerbo... ¡Ay del que vive de su bien ausente!

Ella es un poema, es un pensamiento, es una historia por los dos escrita: ella tiene en su cáliz nuestro aliento... ¡Idea del corazón, idea bendita!

Ella tiene en sus pétalos de armiño la dulce miel de tu encendida boca; esa prueba sublime de cariño que con ferviente amor mi labio toca.

Ella tiene... no sé: yo la conservo como un recuerdo de tu amor ardiente, como un alivio en mi dolor acerbo... ¡Ay del que vive de su bien ausente!

Manuel.

PLEGARIA.

Piedad, Señora, á tu bondad reclama, quien en tu santo amor cifra su anhelo, piedad implora quien ferviente te ama, y quien lleno de fé, doquier te llama del desvalido, sin igual consuelo.

Tú, que benigna, del que llora triste el llanto enjugas con amor profundo, si al pecador ¡oh Madre! redimiste ¿por qué me olvidas en aqueste mundo?

Tú que toda bondad, toda ternura mitigas la amargura de los que sufren en aqueste suelo, despliega tu piedad para conmigo, ¡oh Madre á quien bendigo! y ya que á tanto tu poder alcanza, dame para luchar, fé y esperanza.

Vicente A. Galicia.

PENSAMIENTOS.

Para el cristiano es la muerte un natalicio del alma; no es la sombra de la noche, es la hermosura del alba.

La torpe pasión atrae como en el mar la sirena; el cuerpo de monstruo oculta y el bello busto presenta.

La caridad y el consuelo hermanos gemelos son, inseparables caminan, y les da vida el amor.

LA ETERNA GUERRA.

Para la mariposa, que va girando en rápido trayecto, nunca falta en la ciénaga asquerosa el odio miserable de un insecto.

Para el condor bravío, que se remonta al cielo sin tardanza, hay en el suelo un cazador impío que aleve flecha con furor le lanza.

Para la cumbra erguida, que toca con su frente el infinito, no falta una tormenta enfurecida que le azote los hombros de granito.

Para la clara estrella, que los espacios con su luz asombra, jamás ha de faltar, ciñéndose á ella, un silencioso círculo de sombra.

Para el Cristo divino, que ha de ascender á eterna venturanza, nunca al pie de la cruz falta un Longino que le hiera el costado con su lanza.

Ramon Molina.

LA CRUZ.

Desde que tú, Señor, la ennobleciste, signo es de paz, de amor y de victoria; del soldado en el pecho dice:—¡Gloria!— ¡Fé!—del asceta en el sepulcro triste.

Dulce consuelo del que harapos viste, O de limpio blason ejecutoria, por ella guarda el hombre la memoria del pedaco fatal en que persiste.

Una vez más las sombras ilumina, Señor, de su conciencia, que en su daño le hace olvidar tu ejemplo y tu doctrina;

Y, arrepentido á tiempo del engaño, para ascender á tu mansion divina sea la cruz el último peldaño.

Manuel del Palacio.

EL PUENTE.

Solo y transida de dolor el alma, A Dios alcé la faz,

Y en su trono le ví de luz vestido Vertiendo amor y paz:

—“¡Ay!—exclamé—“para llegar tan léjos Quizás tenga valor;

Mas ¿dónde el puente está que abra camino Al triste pecador?”—

En esto, de una lágrima en el fondo, Leve sombra miré

Que apoyaba en las nubes la cabeza Y en el abismo el pie.

—“Yo soy el puente”—murmuró á mi oído— —Que niega tu razon;

Si allí quieres llegar, ven á mis brazos; Me llamo la Oración.”

Manuel del Palacio.